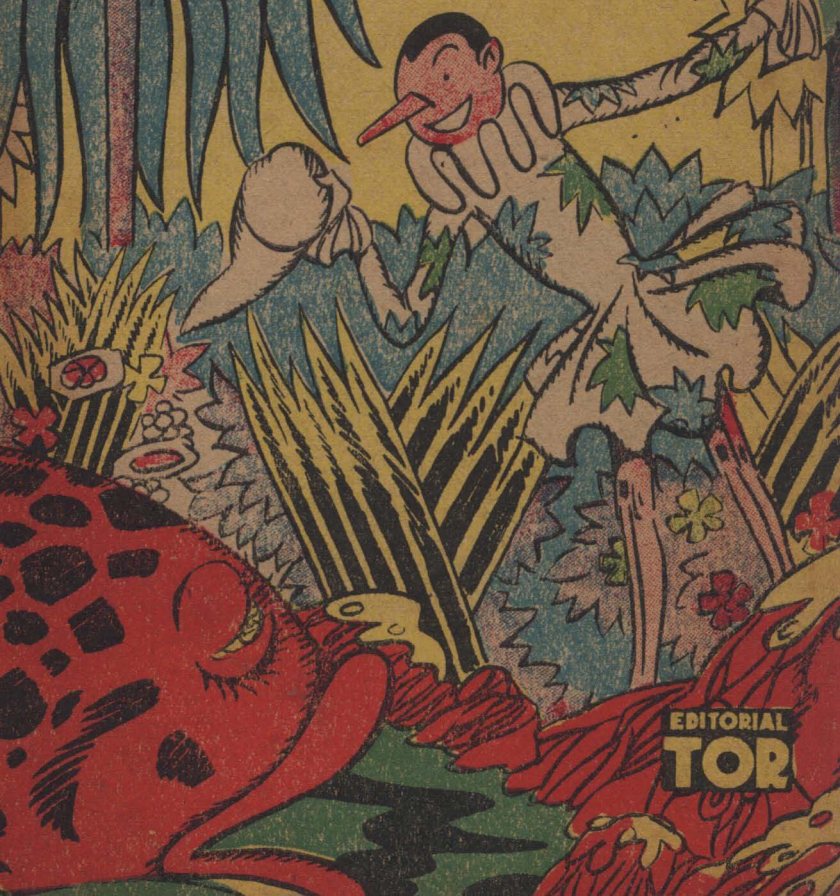


PINOCHO

EN LA ISLA
DE LAS
ABEJAS



EDITORIAL
TOR



00163321

Marita



PINOCHO

EN LA
I S L A
DE LAS
ABEJAS

Cuento de
C. COLLODI

Dibujos
P. FOSSEY

E D I T O R I A L T O R

Soc. de Resp. Lda. Capital \$ 2.000.000

Río de Janeiro 760

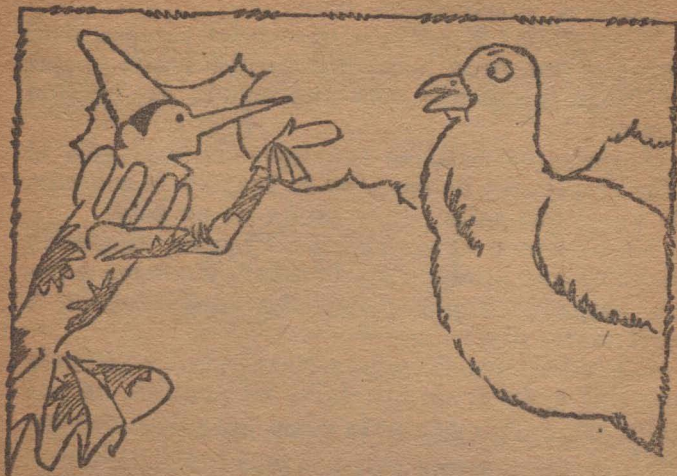
Buenos Aires

LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

- 1 Pinocho en el teatro de títeres
- 2 Blancanieves y los 7 enanitos
- 3 Los príncipes encantados
- 4 La Bella Durmiente del bosque
- 5 Juanfuerte
- 6 Piel de asno
- 7 La princesa y el erizo
- 8 Ali Babá y los 40 ladrones
- 9 La inocente mensajera
- 10 Pinocho en campo de milagros
- 11 El pájaro verde
- 12 Pulgarcito
- 13 Los maestros cantores
- 14 El rey del río de Oro
- 15 Capucita Roja
- 16 Las tres princesas
- 17 El triunfo delorro
- 18 Pinocho en la isla de las abejas
- 19 La princesa picarona
- 20 Simbad el marino
- 21 Canción de Navidad
- 22 Un viaje maravilloso
- 23 El niño que se volvió hormiga
- 24 El enano Zacarías
- 25 Pinocho en gruta del monstruo
- 26 El legado del moro
- 27 El gato con botas
- 28 El hada de Granville
- 29 De los Apeninos a los Andes
- 30 Menique
- 31 El rey Cuervo
- 32 Almendrita
- 33 Pinocho en el país de juguetes
- 34 El niño perdido
- 35 Robin Hood
- 36 La isla encantada
- 37 Pif Paf
- 38 La carga liviana
- 39 La alfombra mágica
- 40 El pájaro que reina
- 41 La Centicienta
- 42 Aventuras del rey Beder
- 43 El muchacho y la fortuna, Fábula de Samaniego
- 44 Pinocho en el fondo del mar
- 45 Gulliver en el país de enanos
- 46 La bella Dorotea
- 47 Las salamandras azules
- 48 Los zuecos maravillosos
- 49 Las tres hermanas
- 50 Fábulas de Iriarte
- 51 El niño raptado
- 52 Barba Azul
- 53 Tanto el hormiguero
- 54 Gulliver en el país de gigantes
- 55 El -jedor de Segovia
- 56 El príncipe Cododas
- 57 La amiguita de los pájaros
- 58 La señorita Scuderi
- 59 Fábulas de Esopo
- 60 Constancia
- 61 Nicolás y Nicolasta
- 62 Los rosales de la reina
- 63 El enfermero del Chacho
- 64 Grisélidis
- 65 Alicia en el país de maravillas
- 66 Aladino
- 67 Genoveva de Brabante
- 68 La Sirenita
- 69 Peter Pan
- 70 El patito feo
- 71 Hombre que vendió su nombre
- 72 Los tres pelos del diablo
- 73 Hansel y Gretel
- 74 La flor del pantano
- 75 El buque fantasma
- 76 La cámara del tesoro
- 77 La desobediencia
- 78 El tarro de aceitunas
- 79 El mensajero de la corona
- 80 La camisa del hombre feo
- 81 La verdad sospechosa
- 82 La graciosa Emelia
- 83 El muchacho afortunado
- 84 La novia elegida
- 85 Las dos estatuas
- 86 La botella encantada
- 87 El mercader de Venecia
- 88 La obligación
- 89 El favorito ingenioso
- 90 Los dos ruiseñores
- 91 El ladrón de Bagdad
- 92 El tambor del regimiento
- 93 El pájaro de oro
- 94 El barbero silencioso
- 95 Las tres perlas
- 96 Gulliver en países maravillosos
- 97 El príncipe impostor
- 98 El rey en busca de novia
- 99 El soldadito de plomo
- 100 El mercader y la favorita

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.



Pinocho en la Isla de las Abejas

I

La serpiente y el cepo



INOCHO se puso en camino para llegar a la casa del Hada de los Azules Cabellos, que la había salvado la vida y dado los mejores consejos del mundo, que él, como de costumbre, se había guardado muy bien de seguir.

Descansó un rato y prosiguió la marcha,
De pronto, se detuvo asustado y retrocedió cuatro pasos.

¿Qué es lo que había visto.

¡Casi nada! Tendida a través del camino, descansaba una gran serpiente de piel verde y ojos de fuego y con una cola puntiaguda que echaba humo.

A pesar de hallarse tan lejos de ella, veía el rojo resplandor de sus ojos de fuego y la columna de humo que salía por la punta de su cola.

No pudiendo aguantar más, Pinocho, fingiendo un valor que estaba lejos de tener, se acercó a pocos pasos del reptil, y con una vocecita dulce e insinuante, dijo:

—Perdone usted, señora Serpiente... ¿Podría hacerme el favor de apartarse un poquito, un poquito así, nada más, tanto como para dejarme pasar?

¡Como si hubiera hablado a la pared! La serpiente ni se movió siquiera.

Entonces insistió el muñeco, con la misma amable voz:

—Sepa usted, señora Serpiente, que me dirijo a mi casa, donde papito me está esperando. ¡Y hace tanto tiempo que no lo veo!... ¿No es cierto que me va a dejar pasar?...

Esperó una señal de la serpiente en respuesta a su pregunta. Pero la espera fué inútil. Peor aún: el reptil, que hasta entonces parecía despierto y lleno de vida, se volvió inmóvil del todo y casi rígido. Sus ojos se cerraron y dejó de salir humo de la punta de su larga cola.

—Parece que se ha muerto —se dijo Pinocho, restregándose las manos de gusto.

Creyéndolo así, y no deseando perder más tiem-



Descansó un rato...

po, intentó pasar sobre el animal para proseguir a marcha. Pero apenas había hecho el primer ademán levantando una pierna, la serpiente se enderezó con rapidez extraordinaria, como un resorte que salta, y el muñeco, al echarse hacia atrás muerto de miedo, dió un tropezón y cayó al suelo. Y lo hizo de tan desdichada manera, que se quedó con la cabeza encajada en el barro y las piernas en el aire.

Al ver a Pinocho pataleando a todo lo que daba, la Serpiente sufrió un ataque de risa. Y, río que reirás, llegó un momento en que, debido al excesivo esfuerzo, se le reventó una vena del pecho, y se murió de veras.

En eso, nuestro amiguito había logrado salir de la ridícula posición en que estaba, y al ver al reptil inanimado por completo, echó a correr para llegar a la casita del Hada de los Azules Cabellos, antes de que anoheciera.

Pero cuando hubo recorrido un largo trecho, no pudo resistir al terrible aguijón del hambre. Había visto una rica uva moscatel en un viñedo y saltó el cerco para agarrar unos racimos. ¡Pobrecito Pinocho! ¡Nunca lo hubiera hecho!

Apenas estuvo debajo del parral, oyó un ruido seco y sintió sus piernas apretadas por dos hierros afilados que le hicieron ver, no digo las estrellas: todo el sistema planetario.

¿Qué había pasado? Que el infeliz muñeco había caído en un cepo puesto allí por los campesinos para atrapar unas comadreja, que eran el azote de los gallineros de la región, en competencia con los zorros.

II

Convertido en perro guardián

Como pueden suponer, Pinocho empezó a gritar, a llorar y a suplicar.

En eso estaba, cuando vió pasar una luciérnaga sobre su cabeza. Alentado por esa aparición, la llamó y le dijo:

—Bichito de luz, tú que eres tan bueno, ¿no me harías el favor de librarme de este martirio?

—¡Pobrecito! —respondió la Luciérnaga, deteniéndose a mirarlo, compadecida de veras—. ¿Cómo has podido quedar con tus flaquitas piernas atenaceadas entre esos hierros tan afilados?

—Me metí en el viñedo para cortar dos racimos de esta uva moscatel.



Y esperó una hora, dos, tres...

—¿Y es tuya la uva?

—No, no es mía.

—¿Quién te ha enseñado a apoderarte de lo ajeno?

—Es que tenía hambre.

—El hambre no es una buena razón para robar al prójimo.

A esta altura, el diálogo fué interrumpido por el leve ruido de pasos que se acercaban. ¿Quién daba esos pasos? ¡Nada menos que el dueño del viñedo, que se aproximaba en puntas de pies para ver si alguna comadreja de las que de noche robaban los pollos hubiese quedado agarrada en el cepo!

—¡Ah, ladronzuelo! —gritó el campesino, con enojo—. ¿Conqué eres tú el que asalta mi gallinero?

—¡No, señor, no! ¡Yo no soy! —gritó Pinocho, sollozando—. Yo entré en el viñedo sin otra intención que agarrar dos racimitos de uva.

—Ahora es demasiado tarde y tengo ganas de ir a dormir. Mañana ajustaremos las cuentas. Mientras tanto, como se me ha muerto el perro que cuidaba de noche, tú tomarás desde este momento su lugar. ¡A ver si vigilas como es debido!

Y, dicho y hecho, le colocó al muñeco un grueso collar de perro, erizado de púas de bronce, apretándole de tal manera que no se lo pudiera sacar por la cabeza. Atada al collar había una larga cadena de hierro que por el otro extremo estaba sujeta a la pared de un galpón.

Y ahí lo tenemos al pobre Pinocho, acurrucado en la era, muerto de frío, de hambre y de miedo.

Luego se metió en la casilla del perro, pues empezaba a sentir frío, y se quedó dormido.

III

Los ladrones descubiertos

Hacía un par de horas que Pinocho dormía tranquilamente, olvidado de su condición de perro guardián, cuando fué despertado por un siseo de vocecitas raras que procedían de la era.

Sacó la punta de la nariz por la puerta de la casilla y vió reunidos en conciliábulo a cuatro

*Nada menos que el
dueño del viñedo...*



animalitos que parecían gatos. Pero no eran tales, sino comadreas, bichos carniceros muy golosos de huevos y de pollos.

Una de las comadreas, separándose de las compañeras, se aproximó a la puerta de la casilla y dijo en voz baja:

—Buenas noches, Medoro.

—¡Eh! —contestó el muñeco—. Yo no me llamo Medoro.

—¡No?... ¡Quién eres, entonces?

—Soy Pinocho.

—¡Y qué estás haciendo en la casilla de Medoro?

—De perro guardián.

—¡Y dónde está el perro guardián verdadero? ¡Dónde está el viejo Medoro que vivía aquí?

—Murió esta mañana.

—¡De veras?... ¡Pobrecito!... Tan bueno como era... Pero, a juzgar por la cara, tú también debes de ser un perro decente.

—Disculpa, pero yo no soy un perro.

—¡Qué eres, pues?

—Un muñeco.

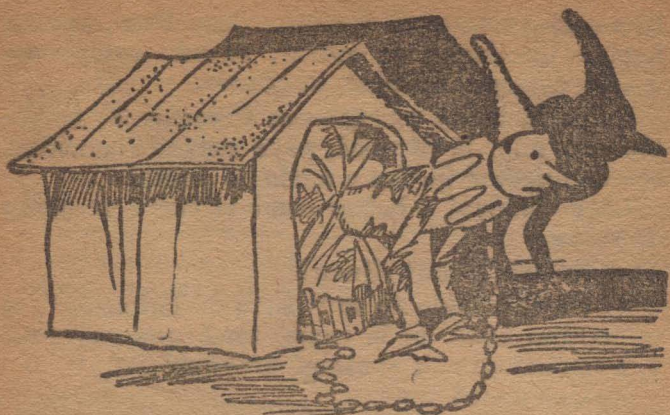
—¡Y, siendo muñeco, estás aquí como perro guardián?

—Desgraciadamente, sí. Es un castigo que me han dado. ¡Lo tengo bien merecido!

—Bueno, no importa. Mira: vengo a proponerte el mismo pacto que habíamos arreglado con el finado Medoro. Te garanto que quedarás conforme.

—¡De qué se trata?

—Nosotras vendremos una vez por semana. co-



Luego se metió en la casilla del perro...

mo hacíamos antes cuando estaba el perro; visitaremos el gallinero, y nos llevaremos ocho pollas de las más tiernas. De las ocho, siete las comeremos nosotras y una la guardaremos para ti. Pero hay una condición.

—¿Cuál es?

—Que tú debes simular dormir mientras nosotras cometemos el robo, y guardarte de ladrar o hacer nada que pueda despertar al campesino.

—¡De acuerdo! —contestó el muñeco. Y movió la cabeza, como queriendo significar: “Más tarde volveremos a hablar de esto”.

Cuando las cuatro comadreas creyeron estar seguras de la complicidad del guardián, se fueron al gallinero, que quedaba cerca de la casilla del perro, y, abriendo a fuerza de dientes y uñas la puerta de madera que cerraba la entrada, se me-

tieron en su interior una tras otra. Pero, apenas habían terminado de entrar, cuando oyeron cerrarse estrepitosamente la puerta.

Quien la había cerrado era Pinocho. Y, no satisfecho aún, la atrancó, para mayor seguridad, con una gruesa piedra a modo de puntal.

Luego empezó a ladrar como si fuera un perro de veras:

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

Al oír el ladrido de su “perro de imitación”, el campesino saltó de la cama, tomó una escopeta, y, asomándose a la ventana, preguntó:

—¿Qué pasa?

—Han entrado ladrones —contestó Pinocho.

—¿Dónde están?

—En el gallinero.

—Allá voy corriendo.

En efecto, en un dos por tres el campesino bajó las escaleras, se fué corriendo al gallinero, agarró a las cuatro comadreas y las metió dentro de una bolsa. Cuando las tuvo bien aseguradas, les dijo, lleno de satisfacción:

—¡Al fin cayeron en mis manos! Las podría castigar como merecen, pero no soy tan desalmado. Me limitaré a llevarlas mañana al hostelero del pueblo cercano, que les sacará la piel y las cocinará, anunciando como plato del día “Guiso de liebre”. En realidad, es un honor que ustedes, vulgares ladrones, no merecen; pero los hombres generosos como yo no se fijan en esas insignificancias.

Acercándose luego a Pinocho, lo empezó a aca-

riar, agradecido, y le preguntó entre otras cosas:

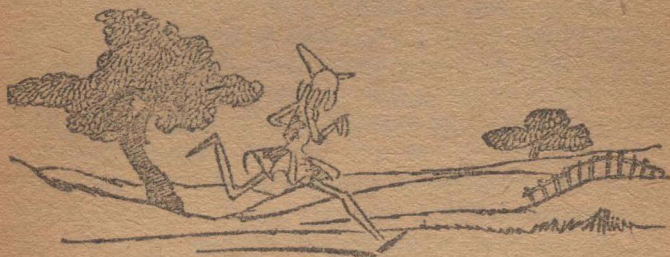
—¿Cómo has hecho para descubrir el complot tramado por estas rateras?

—Inteligente que es uno, señor...

—¡Y pensar que Medoro, mi fiel Medoro, jamás llegó a darse cuenta!

Y el campesino le siguió preguntando:

—Cuando las comadreas llegaron a la era, ¿estabas despierto o dormías?



Se echó a correr a través de los campos

—Estaba dormido —contestó Pinocho, sinceramente—. Pero me despertaron con su charla. Y una se acercó a la casilla y me dijo: “Si prometes no ladrar y no despertar al patrón, te regalaremos una pollita ya pelada”. ¿Ha visto qué desfachatez? ¡Hacerme semejante proposición!

—¡Así me gusta, muchacho! —dijo el campesino, palmeándole la espalda—. Esos sentimientos te honran de veras. Y para mostrarte mi gratitud, te dejo libre desde ahora, para que puedas volver a tu casa.

Y le quitó el collar.

IV

La muerte del Hada

Cuando Pinocho dejó de sentir alrededor del cuello el peso del humillante collar, se echó a correr a través de los campos y no paró hasta el camino real que conducía a la casita del Hada de los Azules Cabellos.

Cuando llegó al referido camino, se dió vuelta para echar un vistazo hacia el bajo y vió el bosque donde, por desgracia suya, había encontrado al Zorro y al Gato que le dieron los malos consejos que fueron su perdición y le robaron las cuatro monedas de oro que llevaba para su padre.

Entre los árboles sobresalía la copa de la encina en cuya rama más gruesa lo habían ahorcado. Sabía que cerca de allí estaba la casita del Hada. Pero, por más que se cansó de mirar, no alcanzó a distinguir la blanca morada de la hermosa niña que lo había salvado y protegido.

Entonces tuvo un triste presentimiento, y, echándose a correr a todo lo que daban sus piernas, se encontró a los pocos minutos en la pradera donde antes se levantaba la casita blanca. Pero de ésta no había ni rastros. En el lugar que ocupara se veía una lápida de mármol sobre la que se podía leer la siguiente inscripción:

“Aquí descansa la Niña de los Azules Cabellos, muerta de dolor por haberla abandonado su ingrato hermanito Pinocho”.

Ya se ha imaginarán ustedes cómo quedó el infeliz muñeco cuando hubo deletreado a duras penas estas palabras.

Cayó de bruces, y cubriendo de besos la losa funeraria, estalló en un llanto profundo.

Sus gritos y lamentaciones eran tan desgarradores y agudos, que desde todas las colinas cercanas el eco los repetía.

Y, llorando sin cesar, decía:

—¡Oh, Hada querida!, ¿por qué has muerto?... Mejor hubiera sido que en tu lugar me hubiera muerto yo, pues yo soy malo, mientras que tú eras buena, la más buena de todas las criaturas...

Luego se acordaba del pobre Geppetto, y decía, entre sollozos:

—¿Dónde estará ahora mi papito?... Hada, Hada querida, dime dónde puedo encontrarlo. Quiero estar siempre a su lado y no abandonarlo.

En el colmo de la desesperación, hizo ademán de arrancarse los cabellos, pero como éstos eran de madera, no pudo siquiera darse el gusto de hundir los dedos en ellos.

En esto pasó volando por allí una paloma de gran tamaño, la que, deteniéndose con las alas desplegadas cerca de donde estaba el muñeco, le gritó:

—¿Qué estás haciendo ahí?

—¿No lo ves? Estoy llorando —contestó Pinocho, levantando la cabeza hacia el ave y secándose los ojos con la manga del saco.

—Dime —siguió diciendo la Paloma—, ¿no hay, por casualidad, entre tus compañeros, un muñeco llamado Pinocho?



La frágil nave, sacudida por las olas, tan pro



parecía como volvía a aparecer flotando.

—¡Pinocho, dices? —exclamó el aludido, poniéndose de pie de un salto—. ¡Soy yo!

Apenas oyó la respuesta, la Paloma bajó con la celeridad de una flecha y vino a posarse en el suelo, cerca del muñeco. Era grande, más grande que un pavo.

—¡No conoces también a Geppetto?

—¡Ya lo creo que lo conozco! Como que es mi pobre papito...

Y agregó con ansiedad:

—¡Te ha hablado de mí?... ¡Siempre vive?

Viendo que el ave no contestaba a sus preguntas, insistió:

—¡Contésteme, por compasión!... ¡Vive todavía mi pobre papá?

—Hace tres días que lo dejé en la orilla del mar —dijo, por fin, la paloma.

—¡En la orilla del mar?... ¡Qué estaba haciendo allí?

—Construía una barquita para atravesar en ella el océano.

—¡Y por qué quería atravesar el océano?

—Porque hace más de cuatro meses que da vueltas por el mundo en tu busca.

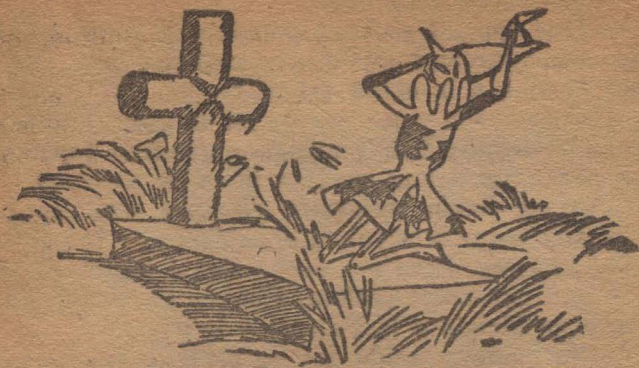
—¡Y piensa que me he ido del otro lado del mar?

—Ni más ni menos. Al no hallarte por estos países, se ha empeñado en buscarte más allá del charco.

—¡Qué distancia hay de aquí a la playa?

—Más de mil cuadras.

—¡Mil cuadras?... ¡Ay, Paloma querida! ¡Cuánto daría por tener tus alas!



Se pasó llorando toda la noche.

—Si quieres, te llevaré.

—¿Y cómo harás para llevarme?

—A caballo sobre mis espaldas. ¿Pesas mucho, Pinocho?

—¿Qué voy a pesar! Soy tan liviano como una hoja.

—Entonces, sube.

Sin hacérselo rogar dos veces, Pinocho saltó a la grupa de la Paloma, y, poniendo una pierna de un lado y la otra del otro, gritó, como los jinetea, con infantil alegría:

—¡Ico, ico, caballito, que quiero ver a mi papito!

Y, vuela que volarás, se pasaron todo el día,

Al atardecer, la Paloma le dijo al muñeco:

—¿Sabes que tengo mucha sed?

—Pues yo tengo mucha hambre.

—¿Qué te parece si nos detenemos unos minutos en aquel palomar?

—Me parece muy bien.

—Una vez que yo haya bebido y tú hayas comido, reanudaremos el viaje, y mañana llegaremos con el alba a la orilla del mar.

Descendieron y penetraron en un palomar abandonado. Allí no había otra cosa que una palangana con agua y una canasta llena de alverjas.

Pinocho había rechazado siempre esta legumbre. Decía que le revolvía el estómago y le provocaba náuseas. Pero esa noche comió tantas alverjas que por poco explota. Cuando se sintió bien lleno, se dirigió a la Paloma y le dijo:

—No hubiera creído que las alverjas fueran tan ricas.

—Debes saber, hijo mío —le dijo el ave—, que cuando el hambre muerde y no hay otra cosa que comer, cosas peores que las alverjas son exquisitas. El hambre no sabe de remilgos ni de glotonerías.

Terminada la frugal comida, reanudaron el vuelo a toda prisa.

Y, vuela que volarás, se pasaron la noche entera por los aires.

Era ya entrada la mañana cuando llegaron a la orilla del mar.

La Paloma descendió y Pinocho se apeó de su cabalgadura, deshaciéndose en cumplidos. Sin marearse por las frases de agradecimiento del muñeco, el ave levantó vuelo y desapareció en el espacio.

Pinocho echó un vistazo al lugar. La playa estaba llena de gente que profería gritos y gesticulaciones con la vista dirigida al océano.



Otra vez me escapé de una buena.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó el muñeco a una anciana.

—Que un pobre viejo que perdió al hijo ha querido irlo a buscar del otro lado del mar, metido en una barquita.

—¿Y qué ha sucedido? —inquirió Pinocho con ansiedad.

—Que el mar hoy está muy picado y la frágil embarcación amenaza hundirse.

—¿Dónde está la barca, que no la veo?

—Allá lejos, allá, en dirección a mi dedo —dijo la viejita, señalando una pequeña barca que, vista desde la playa, parecía una cáscara de nuez con un hombre pequeñísimo dentro.

Pinocho miró en la dirección indicada y, después de fijarse atentamente, lanzó un agudo grito:

—¡Papá!... ¡Papá!... ¡Es mi papito!...

Se diría que Geppetto, aunque tan lejos de la playa como se encontraba, había reconocido a su

hijo, pues se quitó el gorro y lo saludó, y a fuerza de señas le hizo entender que de buena gana volvería, pero el mar estaba tan agitado que le impedía remar para aproximarse a la orilla.

En eso, una ola terrible se levantó e hizo desaparecer la débil barquita. La gente esperaba verla flotar de nuevo, pero fué en vano: la pequeña embarcación no reapareció.

De pronto oyeron un grito desesperado, y al darse vuelta vieron a un muñeco que desde lo alto de un escollo se lanzaba al mar, gritando:

—¡Papá!... ¡Papá!... ¡Quiero salvar a mi papito!...

Como era de madera, Pinocho flotaba muy bien y nadaba como un pez. A veces se le veía desaparecer bajo el agua, arrastrado por la fuerza de las olas, pero de pronto reaparecía cada vez más lejos de la costa.

Finalmente lo perdieron de vista y no volvieron a saber de él.

—¡Pobrecito! —exclamaron los pescadores que se habían vuelto a reunir en la playa.

Y, murmurando otra oración, se encaminaron molinos y cabizbajos a sus casas.

V

La Isla de las Abejas

Con la esperanza de llegar a tiempo para prestar ayuda a su padre, Pinocho se pasó el resto del día y toda la noche nadando.

¡Y qué noche terrible era aquélla! Llovía a to-

truentes, caía granizo en abundancia y tronaba y relampagueaba que daba miedo.

Al amanecer, alcanzó a distinguir a lo lejos una larga faja de tierra. Se trataba, sin duda, de una isla.

Por fortuna, llegó una ola tan fuerte, que lo lanzó sobre la arena de la playa. El golpe fué tan duro, que al tocar el suelo, le crujieron todos los huesos; pero se consoló fácilmente, diciendo:

—Otra vez me escapé de una buena.

Mientras tanto, el cielo se iba serenando poquito a poco. No tardó en brillar el sol en todo su esplendor. El mar, tan furioso, recuperó la calma de sus mejores días, convirtiéndose en una verdadera balsa de aceite.

Pinocho, ni corto ni perezoso, aprovechó el buen tiempo para tender sus ropitas al sol. Mientras se le secaban, se puso a mirar en todas las direcciones, para ver si en esa inmensa llanura líquida aparecía una pequeña barca con un viejo adentro.

Viendo lo infructuoso de su esfuerzo, pensó:

—¡Si por lo menos supiera el nombre de esta isla!... Si supiera que está poblada por gente buena; esto es, por gente que no tiene la costumbre de colgar a los inocentes niños de las ramas de los árboles... Pero ¿a quién preguntárselo?... ¿A quién, si por aquí no hay nadie, lo que se dice nadie?...

De pronto, vió pasar cerca de la orilla un pez de gran tamaño que nadaba a su gusto con la cabeza fuera del agua.

No sabiendo cómo llamarle, pues ignoraba su nombre, le gritó en alta voz, para que lo oyera:

—¡Oiga, señor Pez!... ¿Me permite una palabra?

—¡Como no! —le contestó el animal, que era un delfín bien educado, como ha de haber pocos en todos los mares del mundo.

—¿Conoce usted esta isla?

—¡Ya lo creo que la conozco! Es la Isla de las Abejas.

—¿Podría decirme, entonces, si hay por aquí algún pueblo donde se pueda conseguir comida sin peligro de ser comido?

—Me alegro de poderte informar a tu gusto. En efecto, hay en esta isla un pueblo donde se puede comer sin peligro alguno.

—¿Queda muy lejos de aquí?

—Al contrario; queda muy cerca.

—¿Sabe qué camino hay que tomar?

—Aunque yo no lo frecuento, lo sé.

—¿Qué camino es?

—¿Ves esa senda?

—¿Cuál? ¿Aquella de la izquierda?

—La misma. Te colocas en mitad de ella mirando al sol y caminas siempre en dirección a tu nariz. No puedes perderte, pues la tienes larga.

—Gracias, señor Pez. Y dígame otra cosa..

—Todas las que quieras, muchacho. Aquí me tienes para servirte.

—Gracias. Usted, que se pasea todo el día y toda la noche por el mar, ¿no habrá encontrado, por casualidad, una barquita con mi papá adentro?

—¿Y quién es tu papá?

—Es el papá más bueno del mundo, que tiene el hijo más malo que puede haber.



—¿Me permite una palabra?

—No lo he visto. Y no debe extrañarte, pues, aunque me dé pena decírtelo, con la tempestad de anoche, su barquita habrá naufragado

—Sí, ya sé. ¡Pero y mi papá!

—¡Ay, hijo mío! A estas horas ya se lo habrá tragado el terrible Tiburón.

—¡Dios mío! —gritó, asustado, el infeliz muñeco.

Inmediatamente, para no perder tiempo, y viendo que sus ropas ya estaban secas, se vistió a toda prisa. Después se dirigió al delfín y le dijo:

—¡Que le vaya bien, señor Pez, y perdone la molestia que le he causado!

—¡Hasta la vista! —contestó el delfín, moviendo una de sus aletas de despedida.

Después de media hora de fatigoso camino, Pinocho llegó a un pueblito. Más tarde supo que se llamaba Pueblo de las Abejas Industriosas.

Aunque era una localidad pequeña, estaba llena de actividad. Las calles hormigueaban de gen-

te que iba de un lado para otro atendiendo sus negocios. Por lo visto, allí todo el mundo tenía quehacer. Nadie dejaba de trabajar. No se veía un solo vagabundo, ni buscándolo con candil.

—Por lo que veo —se dijo el perezoso de Pinocho—, este pueblo no ha sido hecho para mí, pues yo he nacido solamente para descansar.

La reflexión estaba bien, pero el hambre lo torturaba. Y no era para menos. Hacía más de veinticuatro horas que había comido aquellas pocas alverjas que había encontrado en el palomar.

—¿Qué hacer?

No se le ocurrían más que dos cosas para matarse el hambre: solicitar algún trabajo que no fuera pesado o pedir la limosna de una moneda o un pedazo de pan.

Pensando en esto, vió pasar por la calle a un hombre visiblemente fatigado que, empapado de sudor, arrastraba a duras penas dos carritos cargados de carbón.

—A juzgar por la cara, se trata de un hombre bueno —se dijo Pinocho.

Se le acercó, y bajando los ojos, muerto de vergüenza, le dijo en voz baja:

—¿Podría darme una moneda, por caridad, que me estoy muriendo de hambre?

—No una moneda —le contestó el buen hombre—, sino cuatro te daré, si me ayudas a llevar hasta mi casa estos dos carritos de carbón.

—Se ve que usted no me conoce —contestó el muñeco, ofendido—. Ha de saber que nunca hice de burro. No seré yo quien arrastre un carrito de semejante clase.

—Me alegro por ti —le replicó el carbonero—. Y si verdaderamente te sientes desfallecer de hambre, cómete dos buenas tajadas de orgullo, y procura no indigestarte.

Dicho esto, el buen hombre siguió su camino resoplando de fatiga.

Poco después pasó por la misma calle un albañil que llevaba al hombro una bolsa llena de cal.

Pinocho se le acercó tímidamente y le dijo:

—¿Podría darme una moneda, por caridad, pues estoy bostezando de hambre?

—No tengo ningún inconveniente —le contestó el albañil—. Ayúdame a llevar esta cal, y en lugar de una moneda te daré cinco.

—La cal es muy pesada —replicó el muñeco—, y yo no quiero cansarme.

—Entonces, descansa bostezando.

Finalmente pasó una buena mujer cargada con dos cántaros de agua. Pinocho, que estaba abrasado por la sed, se le acercó y le dijo:

—¿Me dejaría tomar un trago?

—¿Cómo no, hijo mío! —le contestó ella, dejando sus cántaros en el suelo—. Bebe tranquilo.

Una vez que el muñeco hubo saciado su sed, murmuró a media voz, mientras se secaba la boca:

—Bueno, ya me quité la sed. ¡Qué feliz sería si también pudiera quitarme el hambre!

La mujer, al oírlo hablar de esta manera, le dijo:

—Si me ayudas a llevar a casa uno de los cántaros, te daré un buen pedazo de pan.

Pinocho miró el recipiente y no contestó.

Entonces agregó la buena mujer:

—Junto con el pan te daré un buen plato de coliflor con aceite y vinagre.

Pinocho volvió a mirar el recipiente y no contestó.

Y agregó la mujer:

—Después de la coliflor, te daré un confite relleno de dulce.

Ante la seducción de la golosina, el muñeco no aguantó más y, tomando coraje, contestó resueltamente:

—¡Y bueno, qué se va a hacer! Le llevaré el cántaro.

Llegados a la casa, la mujer hizo sentar a Pinocho a la mesa tendida, y le sirvió el pan, la coliflor y el confite.

Más que comer, nuestro muñeco devoró lo que le puso por delante. Su estómago parecía una casa deshabitada desde hacía cinco meses.

Acallada el hambre que tanto lo había atormentado, Pinocho levantó la cabeza para agradecer a su bienhechora, pero apenas se fijó en su cara, un ¡oh! de asombro le salió de la garganta, mientras permanecía con los ojos abiertos por la estupefacción, el tenedor en el aire y la boca llena de comida.

—¿A qué viene ese asombro? —le preguntó, sonriendo, la mujer.

—Es que —dijo Pinocho, balbuceando— usted se parece... su cara me recuerda... ¡Eso es! Los mismos ojos... los mismos cabellos... ¡Eso es! Los cabellos azules. ¡Como ella!... ¡Oh, Hada querida! Dime que eres tú.

Y el desdichado Pinocho, llorando desesperada-

mente, cayó al suelo de rodillas y se abrazó a las piernas de la misteriosa mujercita.

VI

La promesa

La buena mujer empezó diciendo que ella no era el Hada de los Azules Cabellos; pero comprendiendo al fin que había sido descubierta y no queriendo continuar la farsa, terminó por dejarse reconocer y le dijo a Pinocho:

—¡Ah, muñeco pícaro! ¡Cómo adivinaste que era yo?

—Me lo ha dicho el gran cariño que te tengo.

—Me dejaste que era una niña, y me encuentras ya mujer, tan mujer que podría ser tu madre.

—Así me gustas más, pues en lugar de hermanita te podré llamar mamá. ¡Hace tanto que deseo



Llevaba al hombro una bolsa...

tener una mamá como todos los demás niños!...
—Y cómo has hecho para crecer tan pronto?

—Es un secreto.

—Me lo vas a contar, pues yo también quiero crecer un poco.

—No va a ser posible.

—¿Por qué?

—Porque los muñecos no crecen. Nacen muñecos, como muñecos viven y como muñecos mueren.

—En eso tienes razón.

—Además, los chicos buenos se encariñan con el estudio y el trabajo. En cambio tú...

—Sí, ya sé: soy un haragán y un vagabundo desde el primero de enero al treinta y uno de diciembre.

—Hay más todavía. Los niños buenos dicen siempre la verdad. En cambio tú...

—Yo no acostumbro a decir otra cosa que mentiras.

—Los chicos buenos van a la escuela con gusto...

—Y yo no la puedo ver ni pintada. Pero te prometo que en adelante cambiaré. Seré un chico bueno, como el más bueno del mundo.

—¿Me obedecerás y harás todo lo que te mande?

—¡Todo! —dijo Pinocho, alegremente.

—Entonces desde mañana comenzarás ir a la escuela.

A Pinocho se le fué buena parte de la alegría.

—Más adelante elegirás la profesión o el oficio que más te guste.

Pinocho se quedó completamente serio.

—¿Qué estás murmurando?

—Decía que ahora me parece ya tarde para ir a la escuela.

—¡No señor! Para instruirse nunca es tarde.

—Es que yo no quiero tener ninguna profesión ni oficio.

—¿Por qué?

—Porque me parece que el trabajo es una cosa que cansa.

—Hijo mío, los que hablan así van a dar siempre con sus huesos en la cárcel o en el hospital. El hombre, sea pobre o sea rico, tiene obligación de hacer algo en este mundo, de dedicarse a alguna ocupación, de trabajar. ¡Pobre del que se deja dominar por la pereza!

Estas palabras llegaron al corazón de Pinocha, quien, levantando la cabeza, le dijo al Hada:



*Finalmente, pasó
una buena mujer...*

—Te prometo estudiar, trabajar y hacer lo que me mandes, pues ya estoy cansado de la vida de muñeco y quiero llegar a ser un niño de veras. Desde mañana iré a la escuela y estarás orgullosa de mí.

—Que así sea, muñequito lindo.

—Además quiero ser el consuelo de mi papá. ¡Tendré algún día la dicha de volverlo a ver?

—Creo que sí.

Al oír esta respuesta, tomando las manos del Hada, se las besó con frenesí. Luego, levantando la cabeza y mirándola con cariño, le preguntó:

—¿No es cierto que no habías muerto?

—Ya ves que no.

—¿Si supieras qué dolor tan grande sentí al leer tu lápida funeraria!

—Lo sé, y por eso te he perdonado. Tu sincera pena me demostró que tenías buen corazón, y de los niños de buen corazón, aunque sean traviesos, se puede esperar que vuelvan al buen camino.

—¿Cuánto te quiero, mamita linda!

Y madre e hijo se confundieron en un tierno abrazo.

FIN



Se terminó de imprimir en Buenos Aires, en los Talleres Gráficos de la Editorial TOR, el día 9 de marzo de 1945.

Printed in Argentina.

Impreso en la Argentina

CUENTOS INFANTILES

LA ABEJA

18

